

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1941 A 1942 EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

POR EL

DOCTOR

D. Fernando Rodríguez-Fornos y González

CATEDRÁTICO DE MEDICINA

Y RECTOR DE LA UNIVERSIDAD



VALENCIA

IMPRENTA HIJO DE F. VIVES MORA

HERNÁN CORTÉS, 8

Se publican estos ANALES por acuerdo del Claustro de la Universidad de Valencia, la cual se reserva los derechos que concede la Ley,

En los trabajos no oficiales que los ANALES publiquen, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones.

L. 1427146
D. 1265306

UNIVERSIDAD de VALENCIA
(FACULTAD DE DERECHO)
BIBLIOTECA
Registro de Entrada n.º 76658
Fecha: 20-XI-80
Signatura.....

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

CAMARADAS UNIVERSITARIOS:

QUÉ difícil es para mí este momento en el que la memoria registra cuarenta años de vida universitaria; al cabo de los cuales he de llevar la voz de la Universidad en este acto solemne de apertura.

Hace treinta años, deslumbrado por la luz y el sol de Valencia, entraba por vez primera en la Facultad de Medicina.

El Bedel de la Facultad al preguntarle por el Decano me contestó que no recibía a los estudiantes, mas al darle mi nombre, pidió perdón, pasó aviso a la sala de profesores y fui recibido en el acto por los que se decían mis compañeros y yo saludaba como maestros:

Peregrín Casanova, Juan Bartual, Vicente Peset, Francisco Orts, Manuel Candela, Gómez Reig, Gómez Ferrer, López Sancho, Bartrina, Pastor, Gil y Morte, Machí, Navarro Gil, nombres ilustres, que días tan gloriosos consiguieron para nuestra Facultad. Yo me sentí emocio-

nado y confundido para figurar al lado de tan eximios maestros.

Después de cruzar con ellos unas palabras de salutación, el Decano me acompañó a una de las aulas y me presentó a los alumnos con palabras de alabanza y encomio al nuevo profesor.

Mi ánimo estaba tan turbado que no sabía qué decir. Recordé las palabras del Bedel, y dije a los discípulos que el Decano estaba mal informado, pues yo no era, como afirmaba el conserje, más que un estudiante mas y un nuevo discípulo de aquellos maestros.

De entonces acá, como el tiempo fué rompiendo uno a uno muchos de los eslabones de la cadena de afectos, que nacieron en aquella casa, se reforzaron en nuestra convivencia profesional, se unieron en nuestras alegrías y en nuestras penas, y marcharon siempre juntos por los mismos senderos del cumplimiento de nuestros afanes.

Permitidme en este momento dedique un recuerdo de admiración, gratitud y entusiasmo, a aquellos ilustres varones preclaros, de una época brillante de nuestra Facultad de Medicina.

Después, treinta años de vida, vividos en plena luz y a pleno vuelo, envueltos en aromas de azahar y rayos de luz y adormecidos por el arte, la poesía y la música de esta bendita tierra, para la cual tuve la dicha de nacer y estudiar en Salamanca.

Vida pasada entre gentes que sufren y acuden a nosotros en busca de la curación de sus males, horas felices por el éxito y muchas más de dolores y amarguras por nuestra impotencia ante la enfermedad. Y como sitio de descanso y placidez en nuestra lucha, aquella modesta casa de la calle de Guillén de Castro, tan enaltecida por nuestros maestros y escolares y tan amada por todos.

En sus viejos claustros y en sus aulas he pasado las horas más felices, porque al rozar allí mi entendimiento con el de los estudiantes, he sentido como ellos hacían brotar en mí una nueva cualidad, de inquietud, de serenidad,

de templanza, de anhelo infinito de saber, de goce supremo de enseñar.

Cuántas veces después de horas de insomnio, al llegar rendido a la cátedra, la juventud de mis escolares llenaba de vitalidad mi ánimo y me alentaba a seguir mi labor sin titubeos, ni desmayos.

Dichoso y eterno poder de la juventud, realidad en el presente; esperanza de lo porvenir, estímulo y agitación constante para el maestro, que envuelto en ella, conserva por sus misteriosos efluvios la eterna juventud del espíritu.

Que si hoy, como es costumbre, no os hablo de mis años, es porque no los siento ni me importan; al comenzar un nuevo año de mi vida de estudiante, con la misma ilusión que cuando mozo, en aquellas mañanas tristes de Castilla, acudía al Paraninfo de la Universidad de Salamanca a ocupar un puesto en los bancos de los estudiantes, donde me arrobaba en la meditación que imponían los colores de las mucetas doctorales, para grabar en mi cerebro estampas universitarias llenas de color, de vida, de juventud y de saber, como yo deseo queden éstas para siempre en el vuestro, como perenne recuerdo de una etapa de vuestro vivir, que sin ser dolorosa, no se olvida jamás.

Es verdad que de la vida, los dolores y las penas se fijan más en nuestros recuerdos que las alegrías y contenidos. Estos se esfuman más pronto en las nubes del firmamento, si no han llegado muy al fondo de nuestra conciencia, mientras que aquéllas se agarran más a lo íntimo de la entraña, sólo con que el dolor roce nuestra sensibilidad.

Y esta fiesta de hoy tiene para nosotros tal fuerza de atracción que, seguramente, todo universitario, al correr de los años, recuerda estas fechas entre los más faustos acontecimientos de su vida.

La fiesta de hoy, es fiesta de amor, de enlace, de cooperación y de entusiasmo; de maestros, escolares, corporaciones y pueblo, de todos los elementos obligados a mover el complicado engranaje de la cultura.

... En los tiempos gloriosos de nuestra Universidad, esta fiesta, no sólo agitaba la conciencia de maestros y estudiantes, sino que toda la ciudad se conmovía a su anuncio.

Poco a poco fué perdiendo valor a medida que los hombres perdieron la fe en Dios y en la Patria. Hasta se llegó a decir que para nada sirve, que es una manifestación de patriotería y pedantismo, de juegos de palabras, de recuerdos históricos y de bellas frases; crítica destructiva en fin, escrita con tinta negra que difundió por todos los rincones ese pesimismo español que nos llevó a la destrucción y abandono de nuestros valores tradicionales.

A los que afirman la inutilidad de este acto de apertura, yo les diría que la primera conversación de amor con una mujer está llena de emoción indefinida, acaso por el deseo de su posesión, pero cuando esas conversaciones se repiten un día y otro, las almas de los enamorados se funden cada vez en cariños más hondos y más puros, hasta enlazarse en trenza tan apretada que sólo el fuego o la muerte pueden destruir.

Decidle a los enamorados que se prometieron eterna fidelidad que supriman sus entrevistas, que no hablen de su amor sino de las realidades de la vida y habréis destruido el amor. Un día y otro día hablan de su querer, le rinden culto, y así, lo forman, lo engrandecen y lo purifican, porque en sus conversaciones desgranán sus corazones en el mismo crisol en que se funden sus almas y se unen sus destinos.

Vive el religioso en su monasterio y en su celda, con su santo amor, callado y silencioso, pero en la gran festividad, las notas del armonium, las nubes de incienso, los himnos religiosos, le acercan a Dios, consuelan su alma, le fortalecen, le animan para la meditación y el sacrificio, y al lanzarlos al viento y a la luz llegan al Cielo.

Las cosas de amor hay que cantarlas como se cantan las coplas andaluzas, montañesas, castellanas y levantinas, porque al cantarlas en la tierra donde nacimos, nos unen más

a ella, y cuando las cantamos lejos, nos trasladan a nuestro hogar como en mágica visión de ensueño que aviva la hoguera de amor al terruño que se encendió al nacer y nos acompaña hasta la muerte.

Se inicia un nuevo año de convivencia en estos claustros que abren hoy sus puertas y bien merece este día unas palabras de saludo y de meditación.

Desde hace muchos años, el positivismo de Augusto Comte y de Herbert Spencer creó en Europa nuevos modos de pensar. Los trabajos de Pasteur, Darwin y Claude Bernard dieron un prestigio nuevo a las ciencias exactas. La moda alejó a los estudiosos de las obras románticas desafiando el mundo de la sensibilidad y del arte. La química y la biología se colocaron en un plano superior a la literatura y se abandonó el cultivo del espíritu.

Por otra parte la vida moderna, con su complejidad, ha creado el hombre mecanizado, cuya vida discurre tan veloz, que la parte espiritual queda enterrada por el veneno de la prisa que agota toda nuestra actividad.

Nuestras últimas generaciones no rinden el culto debido a la Universidad ni al libro, se buscan una y otro como una herramienta más para ganar el sustento. La Universidad y el libro que son alma, espíritu y emoción, se han convertido en instrumentos de trabajo solamente.

Por eso hace falta un día, como el de hoy, en que aquí reunidos no venimos a pedir ni a pedir la solución de un problema concreto, sino a elevar hacia la Universidad, como suprema mansión en lo terreno, nuestro corazón y nuestro sentimiento, con devoción de creyente y con fe de iluminados.

Alma mater que infiltra e impregna nuestro ser. Ella, en su día más fausto, nos ofrece en su primavera, toda la esencia de su incomparable fecundidad y grandeza. Recogedla, queridos escolares, con la misma unción con que yo la saludo y la bendigo.

Siguiendo una costumbre tradicional he de señalar nuestro dolor y recuerdo a la grata memoria de ilustres

maestros: D. José María Zumalacárregui, nuestro querido y venerado Rector; D. Mariano Puigdollers; D. Dámaso Alonso, D. Antonio Ipiéns que honraron estos claustros con su dirección, su saber, experiencia y vida ejemplar y fueron a continuar su labor en la Universidad Central y D. Joaquín Baró, trasladado a la Universidad de Barcelona. Tan seguros estamos de sus triunfos como de su amor a Valencia y a esta Universidad que les recibirá siempre como hijos predilectos.

Nuestra sincera bienvenida a los recién incorporados D. Manuel Ballesteros, D. Alfonso García Gallo, D. Cayetano Alcázar, D. Juan José López Ibor; D. Ignacio Ribas; D. Juan de Mata Carriazo, D. Francisco Bosch, D. José García Blanco, D. Rafael Argüelles, D. José Corts y D. Octavio Faz Gazulla. Todos bien conocidos en esta casa por su historial y su vida profesional y académica.

Bien venidos también como administrativos D. Salvador Fabrá y D.^a Rafaela Torrija, que vienen a sumar su labor y su esfuerzo a este personal tan modesto como trabajador leal y bien preparado que lleva nuestra administración como modelo y ejemplo a la altura de las primeras.

No puede faltar nuestro recuerdo y emoción para los estudiantes fallecidos que en su prematura muerte se llevaron esperanzas del mañana ante el luto y el dolor de sus condiscipulos y maestros.

Cumplo gustoso el deber de señalar en este acto solemne un hecho singular que sirve de ejemplo, de ciudadanía y de amor a Valencia, y a nuestras juventudes.

Durante el período rojo, falleció en Valencia la respetable señora D.^a Josefa Romero, Viuda de Vilaplana, saguntino amante de la cultura.

La señora Viuda de Vilaplana, ha dejado todos sus bienes para la enseñanza por valor de un millón de pesetas para constituir dos fundaciones de becas destinadas una; a los hijos de Sagunto que tengan cursados sus estudios en la Escuela Municipal de aquella ciudad; y la otra para asilados que procedan del Colegio Imperial de San Vicente

A MAESTROS Y ESCOLARES

Ferrer, de las Casas de Misericordia y de las Escuelas de Artesanos.

Dios la tenga en la gloria y que su benemérita acción sea imitada por los que al abandonar el mundo pueden dejar abierto el camino del saber a los que necesitan ayuda económica para sus estudios.

EL IDEAL EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER.

Desde nuestro Caudillo y Ministro de Educación Nacional, hasta los universitarios más modestos, desde José Antonio, hasta nuestros estudiantes del S. E. U., han escrito y estudiado los problemas universitarios que se sienten palpitar en nuestra hora.

Yo no tengo la pretensión de ser uno más, por no ser de los mejores, a insistir sobre temas que fueron brillantemente tratados.

Mi cargo me obliga a hablaros de la Universidad y no puedo hacerlo en forma de consejos, porque sólo a los sabios está reservado darlos, y aún así y todo, no siempre con fruto, ya que ni aun los de los médicos son siempre escuchados, ni mucho menos seguidos.

Como os debo ante todo sinceridad he preferido dejar correr la pluma ante imágenes viejas y nuevas evocadas en el silencio de mi despacho y en la meditación de unas horas robadas al descanso; si en ellas encontráis algo que aplaudir o aprender, no servirán más que para iniciar motivos de cuestiones a estudiar, que son más enseñadoras que el consejo y menos pretenciosas que aquél. Cosas leídas o pensadas que escribo aquí con toda la sinceridad y modestia de hombre que todo estuvo dispuesto a entregar menos su sagrada condición de estudiante que me acompañará, hasta la muerte como el más legítimo y único título que con orgullo puedo ostentar.

Unos apuntes y unos comentarios serán los motivos de esta plática que no tiene otra pretensión que la de unir más aún nuestros espíritus. Apuntar unas ideas, pobres por ser mías, nada son ni nada valen; pero con ellas va nuestro deseo de prosperidades y venturas de una vida universitaria llena de luz y de grandeza.

Y en esta meditación lo primero que acude al pensamiento es preguntarnos si durante nuestra convivencia en

los claustros, escolares y maestros hemos cumplido con nuestro deber.

Yo por mi parte, siento en este momento la amargura de no haberlo cumplido y el dolor de que no se cumplió ni se cumplirá jamás).

Si el deber, es enseñar cuanto la ciencia posee, no hay maestro en el mundo capaz de cumplirlo.

Si el deber, es enseñar lo poco o mucho que el maestro sabe, nadie llega a conseguirlo.

Si el deber, es lograr que el alumno salga de la Facultad con una acabada formación, ni el Estado, ni vosotros, ni nosotros hemos cumplido nuestro deber.

Porque deber, es llegar más allá de la posibilidad, cómo llega el militar que, al cumplir una orden, sabe que sacrifica su vida por la Patria, o el santo que llega a inmolarse su propia vida en la penitencia y en el sacrificio.

Sólo cumplieron con este deber nuestros hijos gloriosos, formaciones del S. E. U., que marcharon voluntarios a restañar las heridas sufridas por la Patria, dispuestos a luchar contra el comunismo, por la cultura, la civilización y el dolor de esta España mutilada en sus campos y sangrante en sus cuerpos que aquéllos nos dejaron. Sus nombres, cubiertos de honores y gloria serán recogidos y guardados en esta mansión en la que hoy pido al Cielo todas las venturas a que son acreedores los que, por ser hombres, españoles y universitarios, todo lo abandonan por la pureza y santidad de la causa.

Reconozcamos sin embargo, para nuestra tranquilidad que en la enseñanza este ideal no llega a cumplirse como en los héroes y los mártires.

El mejor maestro de música lanza a sus alumnos al mundo de la armonía y el ritmo cuando apenas saben deletrear las notas musicales. Les hizo sentir la vocación y composición, vibrar su sentimiento y percibir el aleteo de su inspiración, formó un espíritu, creó no una personalidad, sino que dispuso los mecanismos de su ser en condiciones de que se forme más tarde con el trabajo y la educación.

Los discípulos de los grandes maestros de pintura, apenas si recibieron de ellos otra cosa que lo más elemental de la lectura de un cuadro o el manejo inicial del pincel.

Los literatos y filósofos no consiguieron en sus discípulos más que orientarles en los primeros atisbos y en la crítica de los estudios a que van a dedicar su vida.

Los médicos apenas conseguimos otra cosa que enseñar lo más elemental del conocimiento anatómo-fisiológico del hombre sano y enfermo. Pero ninguno de vosotros, ni nosotros mismos, llegamos a saber ni lo más imprescindible de nuestra profesión. Mas si el maestro de música con sus enseñanzas llevó a sus alumnos a sentir admiración e ilusión por ella, si creó un espíritu y consiguió educar y formar engramas musicales, sensoriales y motoras; logró despertar aptitudes y formar una vocación.

Si nosotros hemos logrado despertar en vosotros una vocación y crear aptitudes, si con nuestras lecciones y ejemplo conseguimos vuestro entusiasmo y el espíritu de lucha que la profesión exige, sino es bastante, no es tan poco como afirman aquellos de fuera y de dentro que se dedican a desprestigiarnos a todos.

CRÍTICAS APASIONADAS E INJUSTAS.

Caminos distintos siguen en este día los universitarios al dirigirse a su auditorio.

Aquellos para quienes el deber es tan sólo contemplar lo histórico y tradicional. Los que siguen al pie de la letra a Augusto Comte en su afirmación de que los cerebros de los muertos gobiernan a los vivos.

Los cantores de nuestras pasadas glorias, que cierran los ojos al presente y al por venir, sin conseguir otra cosa que embelesar a los oyentes ante el recuerdo de los grandes genios, como si la ciencia fuese edificio ya terminado. Los maestros parados que no piensan que las palabras no deben ser para lo que muere, sino para lo que nace. Los que olvi-

dan las palabras de Unamuno: «El presente es el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir y lo que al mañana no tienda, en el olvido debe quedarse.»

De otro lado aquellos que afirman que la Universidad Española es una cosa muerta, vacilante, carcomida y vieja, creando con su pesimismo una psicología de vencidos, impropia de nuestra historia y de nuestro presente, llegando en su desvarío hasta admitir la posibilidad de actuar como los futuristas que pretendían quemar todos los museos para conseguir la realización de un arte nuevo,

«Destruir lo viejo, alguien ha dicho, para perder la conciencia de la vejez recobrando así la juventud.» Pero, qué juventud la que así piensa. La que está llena de ambiciones y orgullo materialista de la época.

Se leen críticas tan despiadadas y tan duras de la Universidad escritas por literatos y profesores, que el papel se cae de las manos y la mayor tristeza invade nuestro corazón.

No quiero manchar el papel al recoger palabras que con tinta llena de odio y de pasión están guardadas en archivos, y memorias.

Mas no debo pasar por alto la labor realizada por algunos de nuestros pensionados, que en sus visitas a otros paises, para ocultar su ignorancia, no hacían otra cosa más que desacreditar lo nuestro con negras leyendas, cuando tenían cerrada la luz de su entendimiento a nuestras glorias pasadas y presentes, sin hacer justicia jamás a las virtudes y esencias de nuestra raza y sin pararse a pensar que formaban un ambiente tan falto de espiritualidad como exuberante de audacias, ambiciones y pasiones sectarias.

Eran tan demagogos en lo universitario como en lo social. Pretendían destruir nuestra Universidad y al regresar, después de unos meses de pensión, lo hacían altaneros, orgullosos, enfatuados y pedantes, menos españoles aún que antes de partir, porque se habían adjudicado el título de intelectuales de primera categoría, no sólo como especialistas consumados en su ciencia o en su arte, sino como superhombres en todo humano saber, capaces de derrumbar.

por viejo y español todo lo existente y con la estúpida pretensión de crear una nueva vida, una sociedad ideal, hasta una humanidad ya perfecta y hasta ellos desconocida.

Y es curioso señalar que algunos de estos sabios extranjerizados, apenas si conocían el idioma del país donde pasaron un año y visitaron rara vez las clínicas y bibliotecas.

He tratado alguno que a su regreso de Estados Unidos no entendía una palabra de inglés y lo que decía saber debió aprenderlo en aquellas tertulias de los cafés de las grandes ciudades europeas, donde se reunían los malos españoles para hablar mal de la España que allí los mantenía para hacer una labor cultural y constructiva.

Plagiamos el espíritu de la Revolución francesa y de sus insinceridades, porque era de buen tono cantar a los vientos de extranjerismo, que nos asfixiaba, y seguir el compás de políticos aventureros y de investigadores, sin plaza docente oficial, que para ensalzar su saber y su obra, daban más tono a sus publicaciones, maltratando todo lo español, procurando envolver a la enseñanza y profesorado oficial en las nubes de un desconsolador pesimismo, que llegó a infiltrarse hasta en una parte no despreciable de nuestros jóvenes, maestros que ingenuamente tragaron el anzuelo tan arteramente arrojado.

Las críticas destructivas, estas oraciones fúnebres para enterrar antes de tiempo lo que estorba el camino de la ambición y del propio medro personal, llevan a los espíritus templados y cristianos a la resignación y a los revolucionarios a la protesta violenta, creadora de la anarquía, de la confusión y el desaliento.

Si toda esa labor de crítica injusta, apasionada y audaz que emborrónó tantas cuartillas, por aquellos que no tenían otros ojos más que los que veían mal e interpretaban peor, lo que pasaba fuera de España, o mejor, lo que ellos creían que pasaba, en vez de dejarse llevar por su espíritu afrancesado de rebeldía y de revolución, hubiesen seguido a Fichte cuando comenzaba sus discursos con aquellas palabras: «Hablo para alemanes y de cosas alemanas», ni ellos es-

tarían tan arrepentidos de sus culpas, ni la Universidad Española hubiese sufrido tan hondas luchas, ni España hubiese sido hollada por extrañas influencias, ni la labor desplegar hoy sería tan vasta y difícil.

Todos los vicios que se atribuían a nuestra Universidad; se exaltaban con la comparación de lo que se decía pasaba en las extranjeras que, según ellos, habían alcanzado el grado de máxima perfección.

Yo he visitado casi todas las Universidades de Europa y una gran parte de las de América del Norte y he de confesar que, aparte de la organización económica y suntuosos edificios e instalaciones, muchos de los defectos que se atribuyen a nuestros escolares y maestros, también ellos los sufren.

Yo tengo el orgullo de decir, que por haberme expresado con esta sinceridad fui objeto de crítica en un periódico de Chicago que pocos días antes había hecho de mí los mejores elogios; pero al hablar de España y de sus Universidades con el encomio merecido, me había permitido enjuiciar comparativamente la labor de sus maestros y los nuestros en un tono bien distinto a como lo habían hecho otros visitantes que, para ensalzar la labor ajena no encontraban otro camino mejor que desacreditar la propia.

Un día, en Oxford, me lamentaba con uno de sus profesores, de nuestras huelgas escolares y del escaso número de horas de trabajo, y él me contestó: aquí no hay huelgas; pero el tiempo que los escolares dedican al deporte es tan extraordinario, que tiene razón una viñeta de un periódico satírico:

«Prométeme estudiar tres meses seguidos y te prometo cuatro años de vacaciones.»

Se dice entre nosotros para desacreditarnos, que hay muchos hombres sin empleo y muchos empleos sin hombres; cuando esta enfermedad es universal y no española.

Almorzando un día con un profesor de una Universidad Americana, comentábamos el caso del profesor fracasado y de su destino, y me refirió el caso siguiente:

A MAESTROS Y ESCOLARES

«Nombramos profesor de Fisiología de esta Facultad de Medicina a un ilustre investigador y fracasó en la cátedra. No servía para la enseñanza y había que aprobar a sus alumnos sin tener la suficiente preparación.»

¿Cuándo y por qué dejó su cátedra este profesor?, hube de preguntar.

«A los cinco años de una labor estéril. Se marchó porque le ofrecieron un puesto de investigador con un magnífico sueldo en un Instituto de medicina experimental.»

Lo primero, el no enseñar, hubiera pasado lo mismo aquí, y lo segundo también, si dispusiéramos de centros de investigación dotados como aquéllos.

No sólo son los méritos y las virtudes de los hombres los que triunfan, sino la organización de la nación en que viven.

Nuestras lacras y defectos no son consustanciales con el escolar o el maestro, sino desencadenadas por el Estado que nos tuvo en el mayor desamparo, como un organismo burocrático más, sin capacitarse de la importancia de nuestra misión.

Por distinto que sea el medio en que se vive, los hombres en todas partes tienen vicios y virtudes parecidas; pero mientras en el extranjero se ensalzaban los propios valores, en la España sin fe, seguíamos jugando a las cucañas y sólo se ayudaba a subir a los amigos.

Bien puede afirmarse sin adulación, que de los valores culturales de nuestra época, en todos los órdenes de la cultura, los mejores fueron los universitarios.

«Seremos muy malos los profesores—decía el Dr. Gómez Ferrer—pero sin jactancia puede afirmarse que los mejores están dentro de la Universidad.»

Nuestra labor no es la de desacreditar a la Universidad, sino señalar las orientaciones a seguir para su perfeccionamiento y esta labor está rodeada de dificultades extraordinarias.

NECESIDAD DE REFORMAR LA ENSEÑANZA. DIFICULTADES A VENCER: UNIFICAR LAS ACTIVIDADES ESPIRITUALES Y MATERIALES E INCORPORAR A LA UNIVERSIDAD LOS HOMBRES Y MATERIAL DISPERSO, DOTÁNDOLA DECOROSAMENTE PARA QUE SEA EL ALMA DE LA RAZA Y DEL IMPERIO.

Todos estamos de acuerdo en la necesidad de la reforma, mas, por si alguno dudase, bastará recordar brevemente algunos hechos:

Las Universidades españolas de la edad de oro eran organismos tan vigorosos y robustos en sus cimientos; como los sillares de sus edificios; tan artísticas como las rejas de sus muros y las tallas de piedra de la fachada de la Universidad de Salamanca; tan elevadas como las agujas de las Catedrales; tan espirituales como el soplo que recibían de todos los sectores de la vida social en aquella época.

La organización de la Universidad española estaba conceptuada como una de las mejores del mundo, mas al correr de los años fué debilitándose y perdiendo su renombre para caer en una fase decadente.

¿Cuáles fueron los motivos de esta decadencia?

Nuestra Universidad tuvo su fase más brillante en la filosofía, en la teología, en la historia, en las ciencias y en las artes, en aquella época en que no se conocían otros medios de estudio ni de investigación que los libros clásicos; en la época que, con arreglo a las ideas de Platón, dominaba el método intuitivo o reflexivo y apenas se utilizaba la observación y la experiencia; así entonces, con igualdad de medios de estudio, el genio de la raza latina se impuso con su maravillosa superioridad mental.

Aún, más tarde, cuando las ciencias naturales abandonan los métodos de las escuelas filosóficas de la antigua Grecia y triunfa la escuela sensualista de Aristóteles, demostrando que las ideas vienen de los sentidos, aún con

servan su prestigio las Universidades de Zaragoza, Alcalá y Valladolid en los siglos XV y XVI, en la época llamada de renovación y reforma, y brillan los médicos humanistas Nicolás Leóniceno, Tomás de Linacro, Gómez Pereira, Luis Mercado, Francisco Vallés y otros:

"A partir de esta época, cambia el espíritu de la ciencia. En todas partes se abandonan los métodos filosóficos, las ciencias naturales reclaman laboratorios y métodos de trabajo experimental, y mientras en otros países, las Universidades reciben el auxilio de todos los sectores, las nuestras quedan abandonadas, sin adaptarse al medio, se pierden en discusiones estériles, no mejoran sus instalaciones de trabajo, no crean laboratorios, no dedican a sus hombres a la investigación y se desarticulan sus enseñanzas de la realidad viva del momento.

Los Poderes públicos, ocupados en los problemas político-sociales, no vieron en la Universidad más que una cosa de lujo muy difícil de sostener y la fueron abandonando.

Las Corporaciones provinciales y municipales, atendiendo a los múltiples problemas que reclama la vida administrativa de las ciudades, apartaron sus ojos de la Universidad y ésta se fué resintiendo en su constitución.

Al peso de los años, en una vejez abandonada y desvalida, quedó en manos de maestros y estudiantes que, sin amparo alguno, la están sosteniendo con sus amorosos desvelos y con el calor de entrañable cariño, pero con la pobreza a que obliga sus escasos recursos.

Vive la Universidad Española por el calor y cariño de sus maestros y alumnos que estuvieron siempre dando gritos de socorro que hasta ahora no fueron atendidos.

Esperamos hoy con fe en nuestro Caudillo y Altas Jerarquías la reconstrucción material y espiritual de nuestras Universidades deseando, con afán, los medios necesarios para que éstas recobren y sobrepasen sus antiguos prestigios.

Tarea larga y difícil propia de nuestra hora de renunciaciones y sacrificios, de esta bendita hora de España, en que

todo es poco para ofrendarlo a Dios, a la Patria y a Franco.

Las mayores dificultades a vencer, nacen de la propia constitución universitaria, que exige un amplio margen de constante renovación con arreglo a la complejidad y dinamismo de la ciencia. La Universidad no es una cosa estática, de colocación de piedras de mosaico que se agrupan en un orden determinado, sino la resultante de la labor de todos los hombres en cada momento. López Ibor ha dicho: «La tarea de la Universidad debe estar íntimamente ligada al espíritu del tiempo y a las necesidades vitales del hombre en aquel momento histórico.»

Como cosa viva, está sujeta al ritmo biológico de lo creado, con sus variaciones infinitas de ascenso y descenso, de auge y decadencia.

Así como la vida del hombre, sujeto a la ley fatal del destino, es una línea parabólica que se inicia al nacer y termina al morir, la Universidad es cosa eterna, una cordillera de montañas que nació con el saber y sigue su marcha hacia el infinito. Sus altos y bajos representan sus fases de apogeo y declinación, pero las crestas y picos de sus sierras son cada vez más altas, porque el saber de los hombres los acrece constantemente y Dios los alienta con su infinita bondad y sabiduría.

El camino de la ciencia es áspero y duro y los hombres hemos de trazar las rutas, limpiar los caminos de espiñas, salvar las hondanadas, y si la hora presente es de baches, hay que salvarlos con el esfuerzo de todos.

La formación profesional es el primordial deber a cumplir por la Universidad.

Se dice y pregona a todos los vientos que la juventud no sale preparada a las profesiones y desgraciadamente es verdad, mas no sólo en nuestro país, sino en el resto del mundo:

Yo puedo hablar con autoridad por lo que respecta a los médicos y puedo afirmar, que no hay Universidad en que al terminar los estudios de licenciatura, el profesional esté suficientemente preparado.

Toda la culpa no está en nosotros, sino en la evolución y rápido progreso de la ciencia.

En mi época de estudiante, en tres tomos pequeños estaba toda la enseñanza de la patología. En la actualidad no basta una enciclopedia.

No hace muchos años, al médico le bastaba con su anillo, su sombrero de copa, el bastón, el opio, la quinina, ser hombre de mundo y poco más, para hacer un buen papel.

En la actualidad, ni el especialista de especialidad más reducida, puede abarcar todo su contenido y menos aún su técnica.

El cauce del río se ha desbordado en tan gran número de vertientes, que no basta con mirarlo correr por su natural cauce ni levantar una sencilla compuerta para regar sus orillas. Hay que recorrerlas todas, estudiar las instalaciones de sus aprovechamientos, poner en marcha un ejército de máquinas y de hombres, para recoger su vitalidad en los campos y en las industrias.

Antes, un profesor de medicina con sentidos despiertos y un entendimiento regular, enseñaba la clínica de su época. Hoy, sin medios de exploración, laboratorios, quirófanos y gran número de profesores auxiliares y ayudantes, no puede dar un paso.

La ciencia se ha desbordado en una Universidad que no estaba preparada para recibirla y he aquí el motivo de su fracaso y de que la enseñanza técnica sea una dolorosa ficción.

Como siempre, la naturaleza se anticipa al hombre por el hombre mismo.

Luz y más luz, hechos nuevos, ciencia más amplia, y el continente ha desbordado el contenido.

En los tiempos primeros del saber, los hombres se dedicaron más a pensar que a observar e hicieron grandes templos para sus academias.

Nuestra generación, emborrachada con las nuevas conquistas, no se ha preocupado más que de satisfacer su sed

de saber, ha hecho la religión y no se ocupó bastante de los templos.

Es verdad que Pasteur tenía su laboratorio en un rincón de la Escuela Normal y su estufa de cultivos debajo de la escalera, donde había que arrodillarse para trabajar. Que Claude Bernard tenía su laboratorio en una misera guardilla. Que Cajal desarrolló su genio en una penuria económica bien conocida de todos. Que los esposos Curie, dieron a luz sus trabajos del radium en un garage abandonado, un barracón de madera inhóspito y destartalado donde entraba el polvo y la lluvia de la calle.

La austeridad y la ciencia fueron siempre unidas y el lujo es un enemigo del trabajo, mas yo no creo con Pasteur, se necesite estudiar en silla dura y habitación fría para resolver difíciles problemas de investigación.

Lo primero que necesitamos en la reforma, son locales amplios y bien dotados, donde se sienta la responsabilidad y donde el estímulo tenga constante aguijón.

Hospitales, clínicas, laboratorios, cátedras, bibliotecas. Mucha juventud de profesores auxiliares y ayudantes, que nos inviten al estudio, ayuden en la investigación y acompañen al escolar como camaradas, mentores y guías. Un lazo más, espiritual y material, que una nuestras almas en el trabajo y aliente en todos la sed de saber y el anhelo constante de aprender y enseñar.

Hay que incorporar a la Universidad todos los hombres y material disperso y contar con el apoyo incondicional de los Ayuntamientos, Diputaciones, Sociedades filantrópicas, Academias y Corporaciones, que todo es necesario para llegar a ser el Alma de la Raza y del Imperio.

Alguien dirá que se pide demasiado y que la concesión no es posible, porque nuestros recursos económicos son limitados, mas hay otros caminos a seguir.

Hasta hoy, funcionan en España gran número de instituciones culturales y científicas desligadas de la Universidad que fácilmente podrían incorporarse a ella en beneficio propio, del Estado y de la enseñanza. Nuestro espíritu in-

dividualista nos llevó siempre a disgregar en perjuicio de la colectividad y hasta de los mismos presupuestos de la Nación.

No voy a citar más que unos cuantos ejemplos: Hay gran número de hospitales, nosocomios, dispensarios, escuelas de artesanos, de pintura, de escultura e institutos de investigación en las distintas ramas del saber, costeados por fundaciones particulares, municipales, provinciales y hasta por el Estado, que no desempeñan función docente alguna y por tanto sin beneficio para la juventud estudiosa.

Profesionales e investigadores de gran valla desenvuelven allí su labor, en muchos casos brillante y aún superior a la de nuestras Facultades; coto cerrado para los que por su mérito y saber ganaron su plaza, quedando su labor reducida al cumplimiento de su función, sin utilidad alguna para la enseñanza.

¿Por qué, conservando estos centros su independencia, no abren sus puertas a los escolares, no se articulan con la Universidad y no se nutren de su espíritu académico para servir de escuelas de orientación, trabajo y perfeccionamiento?

Su profesorado ¿no rendiría mayor utilidad en convivencia con el ansia de saber de los jóvenes, que serían un estímulo más a su actividad?

¿No sería conveniente a la producción científica nacional, que ese material fuese aprovechado por el literato, el abogado, el médico, el químico, etc.?

¿Es que el estudiante no puede recibir más lecciones, que las de su profesor oficial, que por ocuparse de una rama extensa, no puede abarcarla más que en una mirada de conjunto?

¿No sería más provechoso, queda lección a veces rutinaria, de un profesor, siempre el mismo, se recibiese de cuando en cuando de personal especializado, con material ordenado y numeroso, y biblioteca especial?

¿No conviene a los escolares, oír opiniones, métodos diferentes de trabajo, técnicas diversas, para mejor orientarse y recibir una educación más completa?

No se diga que esto no es posible, porque la enseñanza requiere orden, claridad y método en la exposición, porque esa labor puede ser metodizada y unificada, ni se arguya que gran parte de ese personal no tiene condiciones para la enseñanza, porque la experiencia, muestra que tan maestro es el que da una lección magistral, como el que siendo premioso de palabra, enseña a descifrar una preparación microscópica, un problema matemático o jurídico o un experimento en físico-química.

Nuestras Facultades de Derecho deben articularse en sus funciones con la magistratura, registros, notarías e instituciones públicas y privadas que con ella tienen relación.

Las de Filosofía y Letras necesitan mayor expansión en sus relaciones con otros centros.

Las de Ciencias, deben llevar sus iniciativas a las fábricas y talleres y dar y recibir de sus técnicos ayuda en su labor.

Todas las instituciones oficiales y privadas, que se relacionen con el arte, deben prestar sus maestros, lienzos y moldes, a forjar el saber de la juventud.

¿Que es demasiado revolucionario el programa? No lo creo. Se trata de construir sin derribar, no se trata de hacer órganos nuevos, sino de ponerlos en relación, para su mejor rendimiento.

Unas corporaciones, las mejores, no habría que tocarlas, sino abrir sus puertas a la juventud; otras necesitan reforma sin perder su autonomía y su carácter; habrá que suprimir algunas si son un cantón de ocio o de incapacidad.

Todas recibirían el contacto y efluvios de esa juventud que es el mayor estímulo para el trabajo.

Con ello, nuestros escolares, al salir al mundo, habrían vivido mejor la ciencia o el arte que van a cultivar y no se daría el caso doloroso de que un estudiante de Derecho termine su carrera sin haber pisado la Audiencia, la notaría, el registro o el penal; que un licenciado en Ciencias no conozca nuestra producción nacional; o que un médico no sepa, ni aun de visu, lo que es un dispensario anti-

tuberculoso, un instituto de higiene, una leprosería o un nosocomio.

Precisamente porque España no puede gastar tanto dinero en crear en la Universidad todas estas enseñanzas, es por lo que debe articularse con ellas para sus fines.

Las Universidades, no pueden ser compartimientos estancos; cerrados en su propio edificio, ni vivir tan sólo de sus recursos materiales y espirituales, con sus puertas cerradas a todos los vientos y con sus hombres eminentes dispersonos. Sus funciones son tan amplias, que es necesario abrir este circuito para que su espíritu influya y se deje influenciar por las restantes actividades de la cultura.

Hemos dicho antes, que la Universidad es un organismo de gran complejidad funcional y para que sea eficaz su función, ha de ser como la de los organismos vivos, en que todo es unidad, perfección, armonía y correlación íntima de todos los órganos que lo constituyen.

Se necesita con urgencia, reformar viejos edificios; suprimir otros y crear nuevas instituciones.

Si hemos de sentir lo que se ha dado en llamar la «Conciencia de la generación actual», hay que pensar, que la ciencia no puede aislarse si se considera al servicio de la Patria. Si la Universidad ha de ser un organismo vivo de formación espiritual y material de los hombres, ha de extender sus tentáculos, abrir sus puertas, y establecer corrientes, de dentro afuera y de fuera adentro, para formar la Universidad Imperial.

En la actualidad, gran número de profesionales, no sienten amor a la Universidad porque no la viven. Se fueron a ocupar sus puestos y si al principio aún percibían la nostalgia de la separación, creado un nuevo hogar, acabaron por olvidarla.

Es que acaso el hijo que crea un hogar, no sigue ligado al de sus padres, a quienes ayuda y de quienes recibe el consejo, el ejemplo y el cariño de una vida de familia que no se extingue hasta el morir?

Hay que dejar ligados los hombres a la Universidad,

como los hijos a los padres, con su autonomía y libertad relativa, pero que ella no sirva para romper lazos sagrados. Atraerlos, darles participación en nuestras alegrías y penas, en nuestras aspiraciones e inquietudes. Ayudarles y que nos ayuden, y vivir unos y otros, pensando en la generación que nos sigue, para conducirla a puerto seguro.

¿Dónde están las asociaciones de antiguos alumnos y de los amigos de la Universidad?

Hay que cuidar el vasto problema de las Becas, Pensionados, Residencias y Colegios Mayores.

Residencias y Colegios, donde la vida escolar se desenvuelva alegre y serena, con disciplina y servicio, con educación religiosa, con trabajo y deporte, casa de los estudiantes, prolongación del propio hogar, y hogar a su vez, donde nace el hombre nuevo, que va a verter mañana en los tesoros de la humanidad, el fruto de su saber y de sus virtudes.

Mariano Puigdollers, ha dicho, que una Universidad sin Colegios Mayores es una Universidad mutilada. Oxford y Cambridge, sin sus Colegios de gloriosa tradición, no hubiesen sido lo que son para la cultura de Occidente.

Salamanca, nuestra Salamanca, tiene lo más brillante de su historia en sus famosos Colegios que, a raíz de su fundación, fundieron el alma de la ciudad con la universitaria, que tuvo en ellos el más poderoso órgano de trabajo y de formación íntegra del escolar, cuando se cumplían sus reglamentos y pudo decir de ellos Vicente Espinel: «Los cuatro Colegios Mayores salmantinos son las cuatro columnas sobre quien se mantiene el gobierno universal de toda Europa.»

Su corto número de alumnos; el buen orden, la austeridad, la disciplina, la educación religiosa y la emulación entre unos y otros, daban fama merecida a sus colegiales que alcanzaban los primeros puestos en la vida académica y profesional.

Sucedió a los Colegios, como a las Universidades, que no sólo no se adaptaban a las realidades del momento, sino que no se libraron de la relajación de costumbres, abusos y

descuidos, y a pesar de la Reforma de 1771, fueron suprimidos al finalizar el siglo XVIII, y aun cuando Fernando VII los restauró, llevaron una vida lánguida hasta 1837, en que desaparecieron, porque les faltaba el espíritu de sus fundadores.

Es lamentable que se malograsen instalaciones que pudieron rendir tantos beneficios a la cultura, ya que de ellas, salieron varones ilustres cuyos nombres serán invocados con respeto, y alabanza.

Su labor de restauración ya se ha comenzado y para que rindan el fruto debido es necesario que se conviertan en auxiliares eficaces de la Universidad, modernizando sus antiguas constituciones, adaptándolas a la época y necesidades de hoy.

Valencia tiene en este aspecto, una brillante representación en su Colegio del Beato Juan de Rivera, que puede servir de modelo y ejemplo en la labor a realizar, ya que por sus aulas ha pasado lo más selecto de nuestros escolares, que triunfaron rápidamente en el mundo de la cultura, por la solidez de su preparación.

Sostener lo que hay y crear más, es nuestro deseo y deber.

Valencia tiene su Colegio del Beato Juan de Rivera y en marcha su Residencia de Estudiantes; confiamos en que sepan cumplir la misión que se les encomienda.

Es fundamental en la reforma preocuparse de organizar la difusión de la cultura con el teatro, el cine y las publicaciones; para que todo el mundo sienta nuestras ansias de renovación.

Esta labor ha de traspasar las fronteras manteniendo intercambio cultural con las restantes naciones y especialmente con las de habla española.

«Hay que seguir estudiando técnica militar ya que vosotros habéis dicho: «No somos generación de cobardes, ni deseamos ni rechazamos la guerra; pero tenemos el deber de estar preparados porque, por encima de todo sentimiento pacifista está nuestra unidad, grandeza y libertad.» Por ello

A MAESTROS Y ESCOLARES

son necesarios los deportes que a más de fortalecer el músculo, dan salud al cuerpo y al espíritu.

Para hacer la reforma hay que depurarlo todo; no sólo escolares y maestros, sino una depuración de los espíritus, que comience en el último escolar y alcance a todo gobernante.

No abordarla con temor, sino con entusiasmo, ni olvidar que lo primero a reformar somos nosotros mismos.

Si se hubiese de elegir, entre planes o proyectos o entre hombres que sin plan vayan por el camino recto, yo prefiero éstos, porque su conducta es faro luminoso que ciega la ignorancia y la rebeldía, recoge las inteligencias y crea una pureza del ambiente que se dispersa e infiltra como la luz por todos los rincones.

La labor se ha de hacer, ante todo, con el ejemplo y la actividad de todos los universitarios y muy especialmente de maestros y escolares.

MAESTROS Y ESCOLARES:

VOCACIÓN. AMOR.

CUMPLIMIENTO DEL DEBER.

Dice Lebón, que en todo acto humano hay algo pasional que lo impulsa, y que en toda obra humana, lo esencial son los hombres.

Para trazar un programa universitario lo primero (son las normas y la primera de todas es la vocación).

No soy yo bastante a definir la vocación: Una cosa es querer y otra es amar. Una cosa es desear una mujer por instinto y otra es amarla para servirla en adoración y con sacrificio.

No es vocación la obsesión de llegar a ser médico o abogado de gran clientela. Ser un profesional de fama no es poseer una espléndida vivienda ni un lujoso automóvil. La apariencia de los que triunfan no debe engañarós, el triunfo es difícil y penoso. Horas robadas al descanso, a la familia, al cultivo del espíritu, renunciaciones y sacrificios; esfuerzos y actividades que son dolor. Horas y días pasados entre gentes que sufren, alegrías de triunfos empañados por la angustia de impotencias y fracasos, y riquezas siempre menos de las que las gentes creen.

No son las profesiones el camino de los millones, dice Marañón; id en busca de los negocios, donde los encontraréis más a mano, con más facilidad y menos sacrificio.

La avaricia, el apetito desordenado de tener dinero, son el impulso de la mayor parte de las acciones humanas. Es el instinto que no se para en delicadezas y los instintos son poco escrupulosos.

Otra cosa es la ambición de gloria con amor a la ciencia y aspiración infinita de crear.

Alguien ha dicho que la vocación es don del Cielo. «El que ha recibido el don de enseñar, aplíquese a enseñar», dice San Pablo en una carta a los romanos.

La vocación es don de Dios que conduce a la felicidad y da horas de ternura infinita.

Hay que sentir la vocación, con mayor fuerza que el apego a la propia vida, con el ^{olvido} ansia de amar, de que nos habla San Agustín; el amor saliendo de la boca del que alaba, se introduce en el corazón del que oye la alabanza. El entusiasmo se contagia.

Para los que no tienen vocación escribió Schopenhauer estas palabras: «La vida es una noche que llena un largo sueño, a menudo preñado de pesadillas. No damos un paso por el mundo sin que tropecemos con el mal.» Con vocación y amor, la Universidad se agranda más, a medida que se profundiza, hasta esconderse en la cúspide del misterio y proporcionar placer y felicidad.

El presente, ha de vivirse con vocación, con angustia, con afán y con esperanza en el propio esfuerzo. No esperéis el milagro, confiar en Dios, pero no hacerlo responsable de vuestra obra.

No es bastante a la vocación universitaria una vocación de amar ni de querer, se necesita una vocación ideal, que nace como la mística, sin ninguna otra aspiración que la de servir y acercarse a Dios, y en estos claustros, la de buscar la verdad y la belleza, en pos siempre de una humanidad mejor.

Para ello se necesita una fe y un ideal que ha de inculcarse en nuestros profesores y estudiantes; unificados en perfecto ayuntamiento, como decía Alfonso el Sabio.

Si alguno de vosotros no sintió la vocación, porque comenzó su carrera por tradición o espejismo, no olvidar que aún puede crearse. La vocación, como el amor, puede ser innata o creada. ¡Cuántos matrimonios románticos se truncaron y cuántos que no comenzaron así, acabaron por serlo!

Yo mismo comencé a estudiar medicina sin vocación.

por cumplir tan sólo una última voluntad de mi padre y hoy, si mil veces naciera, mil veces médico sería.

Para los que aún no la tenéis, el momento de crearla es éste; la vocación, como el amor tardío, suele ser estéril.

Hay que vivir en los claustros y ejercer después la profesión, con amor, fe y entusiasmo, que no son difíciles de conseguir, a poco de leer y meditar.

Recordad que las Sagradas Escrituras asignan a la profesión de médico un origen divino. Que aquí en Levante, se erigieron los primeros templos a los Dioses de la Medicina en Sagunto, Játiva, Denia y Benicarló. Que Cicerón afirma, que nunca está el hombre más cerca de la divinidad que cuando cura a sus semejantes. Que César Augusto concedió a su médico tarraconense el uso del anillo y del bastón como símbolo de nobleza. Que aun en la antigüedad, en que los recursos terapéuticos eran limitados, los enfermos curaban por la fe, como el Cid Campeador ganaba las batallas después de muerto.

No envanecerse en el triunfo, ni desmayar ante las dificultades.

Los doce hombres escogidos por Jesús para su apostolado eran sencillos obreros sin cultura. Viven con él, de aman y le siguen por vocación. No necesitan sus talentos, sino su amor, viven aprendiendo del Maestro para enseñar, después, y cuando están iniciados las dice: «Id por el mundo sin báculo, sin plata y sin dinero, marchar a predicar y a sufrir privaciones y sacrificios, vais como ovejas entre lobos, a sembrar la idea del Reino de Dios.»

Y así consiguen el triunfo de la virtud, de la belleza y de la fe, con su bondad esencial y con la más amplia concepción del mundo, ampliamente comprensiva, para ser indulgente con los vicios y miserias de los hombres.

Camina por la vida sin ambición, que el que persigue el dinero, la gloria o la fama, no llegará a conseguirlo.

Camina despacio en vuestra formación, con el estudio, la observación y la meditación, recordando las palabras de Goethe «es más útil pensar que saber y más aún observar».

7 No bastan, la vocación, ni el amor, el entusiasmo y la fe. No se puede confiar en construir una Universidad mejor sin mejorar los individuos.

11. Cada uno de nosotros debe trabajar su propio perfeccionamiento aceptando su responsabilidad.

12. Maestros y estudiantes, han de laborar con firmeza en el mismo ideal, con devoción y sacrificio.

13. La verdadera enseñanza puede decirse siguiendo al Michelet, no abarca sólo la cultura del espíritu de los estudiantes por la experiencia de los maestros, sino además y con mayor frecuencia, la del espíritu de los maestros por la inspiración innovadora de los estudiantes.

Educar, dice el Padre Ayala, exige un gran sacrificio, porque no se opera sobre mármol o madera que cede al esfuerzo del artista, sino sobre la voluntad, que se resiste al propio individuo y hace muy difícil modelar a los hombres.

Debemos recordar a los profesores, que la cátedra no es para el catedrático, sino el catedrático para la cátedra. No tener la pretensión de hacer sabios, sino iniciarlos en el estudio de la sabiduría.

Se ha dicho, con razón, que hay pocos maestros, porque éstos, atienden más a sus aficiones que a sus deberes, a dar un tono brillante a sus conferencias, más que a buscar su utilidad para los alumnos.

Se olvidan las palabras de Santo Tomás: «Enseñar es producir la ciencia en otro, por medio de su razón natural»; y las del Kempis: «Los libros dicen igual para todos, más no a todos instruyen por igual.»

No es el profesor que más sabe el que más enseña, sino el que cumple mejor sus deberes académicos.

No hay que olvidar que, además de su saber, enseña con el gesto, la mirada, el ademán, la voz, la bondad, la transparencia de su vida, el entusiasmo y la perseverancia que, como dice Cajal, hace milagros y con la paciencia extrema que, como dice Bacon, hace genios.

Explicaciones sencillas, claras, persuasivas y amenas, que lleguen a iluminar la inteligencia, cautivar la atención,

y hechizar la voluntad. Visión de las materias, dentro de límites prudentes, enseñando lo fundamental y básico.

Explicar para enseñar; no para lucirse, recordando las palabras de Luis Vives: «Dios cubrió el mundo de flores y vosotros los escolásticos, con vuestro estilo bronco y desapacible, lo habéis llenado de potros para descoyuntar el entendimiento.»

Como dice Menéndez Pelayo, fusión íntima, secreta, misteriosa y divina, que puede hacer fecunda la transmisión de las ideas para que éstas no caigan en el alma del oyente como en tierra ingrata a los afanes del cultivador.

Todo hay que decirlo: hay maestros estáticos que cristalizan su labor en repetir viejos textos con los mismos comentarios, si los hubo; y otros, tan dinámicos, que dedican el curso a presentar a sus alumnos notas y más notas de las últimas revistas, para mostrar una vasta erudición.

Algunos que pasan todo un curso exponiendo ampliamente sus trabajos sobre un tema de la asignatura y el alma y doctrina de ella queda por deshojar ante la juventud estudiosa.

No se puede hacer en la cátedra enseñanza de cine y relumbrón con perjuicio notorio para la cultura de la generación que nos sigue, olvidando, como dice Wasworth, que el niño de hoy es el padre del hombre y que el estudiante de hoy es el maestro del mañana, y hay que trazarle rectamente las normas del deber.

Digo a mis alumnos que no se fien nunca, a la cabecera del enfermo, del juicio formado en la primera visita y que para mejor evitar el error, piensen siempre, que la vez anterior estaban equivocados; hoy me permito decir, que todos los años, al comenzar un nuevo curso, debemos hacer examen de conciencia, pensando que en el curso anterior, nuestra labor no fué perfecta y hay que rectificarla.

No se puede vivir hoy de lo que se hizo ayer. El error que se comete, es una victoria que, si se reconoce, lleva la luz de una nueva verdad.

La sinceridad y la bondad en las relaciones entre estu-

diantes y profesores afirman nuestro afecto e íntima comunicación espiritual.

Todo se quiere arreglar con disciplina, que no es rigor, ni améñaza, ni castigo, ni reprensión, sino disciplina, que nace de la autoridad del maestro, de su saber, de su honorabilidad y de su conducta. Devoción, sangre y alma de profesores y estudiantes unidos con amor.

No es cuestión de sanciones, ni medidas de policía, sino de ir a la entraña del espíritu con pleno cumplimiento de nuestros deberes y respeto a la autoridad.

Sentir el cumplimiento del deber como lo sentía el Sócrates de la Teología, el R. P. Vitoria: la cátedra era su mayor afán, hasta el punto de que paráltico, se hacía conducir por sus criados a la cátedra. Por eso en hombros de profesores bajó a la tumba y pudo decir de él un escritor: «ya está la luz debajo de la tierra».

Estamos siempre pidiendo reformas y todo lo esperamos de la *Gaceta*, sin pensar, que ésta no hace feliz más que a los advenedizos o anquilosados; el que trabaja la mira con desdén, ya que su papel principal es abroquelar al poder público contra los audaces y ambiciosos, y a veces cubrir con apariencias de legalidad una injusticia.

La reforma tiene que nacer de nosotros mismos, confesando nuestras culpas y rectificando errores.

Uno de los fundamentales, es la llamada libertad de cátedra, donde cada uno hace lo que quiere. Se dice que el profesor cumple con la ley, pero que ésta es mala y esto, desgraciadamente, no es cierto, ya que la ley es buena o mala según el espíritu del que ha de cumplirla;

Deben hacerse reglamentos para cada cátedra y su cumplimiento ser exigido. Cada época tiene su espíritu y su vida y el profesor tiene la obligación de vivirla.

Obligar al profesor a que monte los servicios de su cátedra en colaboración con sus auxiliares y ayudantes, en tal forma, que durante el curso se explique toda la asignatura y no una mínima parte.

Renunciar a las propias aficiones y dejarlas para otra

labor de monografías, conferencias o cursillos. No cuidar cada profesor de su ensueño, sino crear un ideal colectivo. Unidad de acción, no incoherencia ni disgregación.

Coordinar las cátedras, con intervención del Claustro en la redacción de los programas, para darles unidad y facilitar la labor del alumno.

Establecer relaciones culturales y científicas entre las distintas Facultades.

No estaría mal la creación de una inspección de enseñanza superior, con severas normas, para acabar con excepciones, permisos que nunca terminan y artificios que permiten a algunos figurar en el escalafón y cobrar la nómina, sin conocer a los alumnos.

Para tener derecho a exigir hay que dar más de lo que actualmente rendimos.

Cuidar de que no ingresen más que los selectos y obligarles a mantener durante su vida académica el tono necesario.

Invitar a la retirada, en una u otra forma, a los adocados, que no pierdan de derecho, pero sí de hecho, su personalidad académica, sin traumatismos violentos impropios del recinto universitario; obligándoles a aceptar una honrosa colaboración de gente preparada que les sirvan sin prejuicios y con beneficio para la enseñanza y les ayuden a sostener su puesto sin perjuicio ajeno.

Kerer, en su libro *La fuerza de la personalidad*, dice: «La bondad es la mayor fuerza que hay sobre la tierra»; y se cuenta de Sócrates, que enseñaba más con el ejemplo que con argumentos y razones. Esto es cierto, pero para realizarlo se necesita que el escolar ponga su parte.

A la época que va pasandó, del señorito satisfecho y holgazán, de que habla Ortega Gasset, o a la de aquellos escolares de mi tiempo que, a la hora de clase, se paseaban por los claustros y al preguntarles qué hacían, contestaban: estamos esperando salir de clase; ha sucedido otra, en la que pretenden algunos, que la juventud tiene más derechos que obligaciones, porque tiene mucho tiempo por delante

y puede demorar su cumplimiento. Como si en la ciencia se pudiera vivir de crédito sobre la vida futura.

Seguir, queridos estudiantes, el consejo de Valles el Divino: «Si quieres vivir largo tiempo, no lo pierdas.» La pereza y el amor a la comodidad son enemigos del pensar. La pereza cree ver una imposibilidad donde sólo existe una dificultad.

Dante, en el canto tercero de *La Divina Comedia*, da una magnífica descripción de los perezosos y de los débiles. Llama a estos, «agentes de lamentos que vivieron sin infamia ni gloria».

Los jóvenes que perdéis vuestro tiempo, leer a Jean Paul al describir la noche de año nuevo de un desgraciado.

Un anciano próximo a morir, levanta los ojos al cielo despejado y después mira a la tierra tranquila y silenciosa, donde él está a solas con su enfermedad que le acaba la vida. Al pensar en su tiempo perdido, clama al cielo fuera de sí con despecho y aflicción inmensa, gritando: «Padre, devuélveme la juventud.»

Hay que vivir siempre con el anhelo de ser más perfecto, y la perfección sólo se alcanza venciendo dificultades a fuerza de paciencia y de tiempo.

Dice una leyenda japonesa que un rico comerciante encargó a un pintor que le pintara un gallo. Como a los tres años el pintor aún no le había mandado el cuadro fué a verle. El pintor le mandó sentar, cogió los pinceles y en un cuarto de hora terminó su obra.

Al pedirle la cuenta, el pintor pidió una gran suma y el comerciante, indignado, no quería pagarla. El pintor entonces le enseñó una estantería llena de papeles y le dijo: durante tres años estuve ejercitándome en la pintura de gallos y sólo mediante esa preparación ha sido posible pintar hoy este cuadro para vos.

Es necesaria la continuidad de la obra y la constancia en el trabajo, sin apatía, indecisión ni indiferencia.

No quiero terminar mi discurso sin dirigir unas palabras a los escolares que habéis terminado vuestros estudios.

y a los que por vez primera venís hoy a la Universidad.

He dicho, alguna vez, que la vida escolar discurre como la nieve cuajada de las altas cumbres de la montaña. Empieza a fundirse con los primeros rayos de sol, y apenas nacido el líquido elemento, cae en torrente desbordado por las faldas de la sierra con toda su fuerza y juventud en brioso torbellino. Corre después entre riscos y piedras, baja a las llanuras, con su ingente propiedad creadora, y la mano inteligente del hombre la recoge y distribuye por los campos y sembrados para hacerlos fécondos.

Así, la inteligencia del niño, nace a la vida en la escuela, discurre luego por los cauces de la segunda enseñanza, llega a la Universidad y de aquí sale a fecundar el mundo.

Al salir del cauce del río, sois vosotros mismos quien va a dirigirla. Cuidado con las sendas y caminos que no vayan a campos donde broten malas hierbas.

La formación del hombre comienza en el hogar, sigue en la escuela, se perfecciona en la Universidad y se completa en la calle.

Cada uno de nosotros es un libro que tiene su prólogo en la herencia, sus primeras páginas se escriben en la escuela, las siguientes en el Instituto, las restantes en la Universidad. El formato aún no está terminado, habéis de hacerlo con vuestra conducta ulterior.

Se ha dicho por maestros insignes, que la Universidad no está sólo en los claustros, sino en la vida, en la calle y en el mundo; acaso ellos sin presentirlo, tuvieron parte de culpa en la tragedia española, cuando lanzaron la Universidad a la calle y la calle a la Universidad.

Cuando yo presenciaba durante la República y sufría el oleaje de estas corrientes artificiales e impuras que tantos desvelos e inquietudes traían, precursoras de la catástrofe, leía yo un libro de un antiguo maestro mío, D. Juan Berrueta, salmantino ilustre, literato y poeta, que temblaba dolorido en sus páginas, al criticar aquellas prédicas socialistas de gentes sin preparación y sin cultura, que prometían a las masas llevar las ciudades a los campos y los campos a

las ciudades para impurificar y destruir lo que la mano de Dios y de los hombres había separado para dar a la vida sus encantos.

La vida de la calle y del mundo es desordenada y loca y el fracaso de las democracias demostró que por ella discurren, empañando la verdad, todos los vicios y errores de la colectividad.

Cuando la calle, con sus gritos democráticos, irrumpió en nuestros claustros, no hizo más que profanarlos, atentando contra la cultura. La política, al penetrar por la violencia en las aulas universitarias, cavaba con la profanación su sepultura, como las hordas rojas de los sin Dios, recibían su sentencia de muerte al profanar Iglesias y Conventos.

La vida de la calle y el mundo es la que plantea problemas al estudioso, pero ofrece el alma de las cosas, sin cohesión y sin firmeza, envueltas en las tinieblas que rodean a los hechos que aún no se sometieron a una serena meditación y hondo pensar. Es la realidad si queréis, pero con todos sus vicios, deformidades, engaños y mentiras.

o Para que la vida enseñe, se necesita una previa preparación, una disposición innata o creada. Ante un hermoso atardecer en el campo, sólo el hombre culto puede apreciar la belleza de la luz que desvanece, el colorido de las flores y las plantas que se disponen a dormir en la noche, sólo el creyente fervoroso se recoje en silencio, se descubre y murmura un rezo al toque del Angelus que se escucha en la lejanía. Sólo una previa formación artística, espiritual y moral, es capaz de proporcionar esos goces infinitos y tiernos de la naturaleza.

Si vosotros creéis que al salir a la calle vais a formaros en la peña del café o de las tertulias distinguidas, o crecer al socaire de una política o de una amistad, estáis equivocados y camináis hacia el fracaso. La ayuda de gentes extrañas no puede compararse jamás a la del propio valer.

El abogado, el filósofo y el médico mundano de mitin y salón, están llamados a fracasar. En tiempos antiguos, quizá tuvieron más éxitos, porque no tenían apenas otros

recursos que la dialéctica, su bastón, su anillo y su alfiler de brillantes, que ejercían una evidente influencia sugestiva.

La verdad y la ciencia sólo se consiguen, en la austeridad de las aulas, en los rincones de las bibliotecas y en el silencio de los laboratorios.

La ciencia, es tan sagrada, que para revelarse ante nosotros, exige que estemos a solas con Dios y con nuestros medios de trabajo.

Las verdades están, como decía Demócrito, en el fondo de un pozo y hay que bajar allí para recogerlas después de separar toda maleza. Las ciencias y las letras no se aprenden en el continuo trajinar de los hombres; pues éste no muestra más que una masa informe de verdades y errores confundidos en masa y enlazados sin distingos; sólo con la preparación, el estudio y la perseverancia es como se llega al conocimiento de la verdad sin deformaciones ni impurezas.

La vida y el mundo son como las enfermedades y los libros; no basta contemplarlos, hay que leer sus páginas, meditar sobre su contenido, interrogarle un día y otro, y la manera de hacerlo se aprende en la Universidad.

Que la ciudad sea ciudad y el campo, campo. Que la primera no contamine al segundo. Que quede en el campo la dulce poesía y el rico pan del honrado vivir sin extrañas influencias. Que la vida y el mundo, para que nos enseñen algo, es necesario saberlos mirar y sólo puede hacerse si se llega a alcanzar una vocación y una cultura.

El éxito del autor del libro *La Torre de Saint Mitchel*, que lo mismo recorría los barrios bajos de París, entre la gente del hampa, que los palacios más aristocráticos, no se debe a que la aventura le enseñara la vida; sino a que su maestro Charcot, al que tanto admiraba, creó una inteligencia y un afán de saber, que él supo leer en los barrios de Montmartre y en los grandes palacios, para llevarlos a las páginas de su libro donde destaca sobre la novela un perfume y sabor académico que es lo mejor de la obra.

En fin, queridos escolares, que la calle como es, no

puede entrar en la Universidad, pero la Universidad ha de salir a la calle para purificarla y mejorar su condición.

Los que al recibir la reválida este curso pasado, ya no tenéis que sufrir examen con nosotros, tenéis que sufrirlo con vosotros mismos haciendo examen de conciencia al resolver los graves problemas de responsabilidad que a diario os esperan. Ya no hay sobresalientes ni suspensos; pero todos los días, vuestros aciertos y errores, serán juzgados con mucho más rigor por las gentes, que la indulgencia y el amor con que nosotros lo hicimos.

La Universidad, debía recogeros de nuevo como antiguos alumnos y seguir prestando su influencia en cursos de post-graduados y yo espero que así lo hará en la reforma universitaria que todos anhelamos.

Por vuestra parte, no soltar los lazos que os unieron hasta hoy con la Universidad. Llevar su espíritu y sus normas, como se lleva en el corazón el amor de la madre o de la esposa. Conservar el espíritu de disciplina, de jerarquía, de devoción al libro y al maestro; no olvidar nunca estos claustros donde, unas veces con placer y otras con dolor, hemos pasado lo mejor de nuestra vida.

Pensad siempre que lleváis de esta casa un pequeño sarmiento del árbol frondoso de la ciencia. No os importe cómo lo mire la gente, cuidarlo todos los días, preservarlo de parásitos e impurezas, abonarlo con tesón, que la semilla que le dió vida, es semilla de Dios, que hizo el saber como la más excelsa condición de la humanidad.

Que Dios conserve y perfeccione vuestro saber; puro y limpio de toda mancha, y que sus gracias caigan en copiosa y fértil lluvia para que asombréis al mundo con vuestra caridad y ciencia.

A los que vais a comenzar vuestros estudios, hacerlo con esa ilusión de juventud que palpita en vuestros corazones, aún no contaminados por la carrera de la vida; con ese brío impetuoso y ardiente de esta tierra fecunda y bella como ninguna, con amor y ensueño levantino, confiado y alegre, romántico y feliz, que no conoce el odio ni la pa-

A MAESTROS Y ESCOLARES

sión, porque la naturaleza riente en la huerta y en el mar, sólo invita a vivir y amar.

Que vuestros espíritus se viertan de lleno con amor en nuestras aulas y salgan de ellas, tan puros y serenos, como nuestras noches de luna clara; tan brillantes e iluminados, como los días de sol de Valencia; tan llenos de ciencia y caridad, como la que derramó a torrentes por el mundo el genio de Luis Vives que preside nuestro Claustro.

Ha pasado vuestra generación por cauce áspero, rugoso y agitado por aguas rojas teñidas con sangre y alborotadas por olas de pasión en días de sollozos e inquietudes.

Ya está serena y limpia la corriente. A trabajar todos unidos en la paz.

Por Dios. Por la Patria. Por Franco.

¡Arriba España!



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE CUADERNO "ORACIÓN
INAUGURAL. CURSO ACADÉMICO 1941 A 1942",
EL DÍA XXII DE SEPTIEMBRE DE MCMXLI,
FESTIVIDAD DE SANTO TOMÁS DE VILLA-
NUEVA, EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-
GRÁFICO DEL HIJO DE F. VIVES
MORA, CALLE DE HERNÁN COR-
TÉS, NÚM. 8, DE LA INSIGNE
Y CORONADA CIUDAD
DE VALENCIA
L. ✠ D.